

## Sardinero

Quienes niegan la existencia del color basándose en complicadas matizaciones abstractas, físicas y filosóficas harían bien llegándose a Murcia en fiestas de primavera, a contemplar el magno derroche de fuego, luz, color y calor que es el Entierro de la Sardina, espectáculo sin par en el mundo, del que dijo Martínez Tornel que "es la procesión carnavalesca más famosa que han visto los siglos. Más original, rica y deslumbrante que las de Roma, Venecia, Río de Janeiro; con mayor derroche de humor, ingenio, locura y regocijo". Ahí queda la palabra digna de crédito del ínclito don José, quien ignoro si estuvo algún día en las ciudades apuntadas o si le llegó la información por mensajería colombófila.

Divagaciones aparte, el Entierro de la Sardina podría metonímicamente ser denominado "la luz"; porque constituye, en verdad, una palmaria hemorragia de hachones, bengalas y chisperos tal que difícilmente se encuentre en la noche de cualquier otro lugar o tiempo. Por unas horas, justo las precisas para desfogarse sin cansar al prójimo, la ciudad bulle, refulge, vibra, trina, trona con los fuegos de artificio que lanzan los ciudadanos, mutados, por obra y gracia de su natural jueguista, en aprendices de carceleros de un infierno mucho más colosal y sorprendente que el que pudiera imaginar el calenturiento caletre del florentino Dante. En tan loca noche de pasión desatada y jolgorio colectivo, Murcia se convierte por una hora, siquiera sea por unas horas, en la plenitud de la luz, luz descompuesta en un prisma multicolor al que no hay físico que le ponga lindes, ni pintor que la refleje, ni músico que la contenga en la wagneriana escala concebida por el autor del Ocaso de los Dioses, ni poeta que la cante con versos de pocas líneas, ni avisado que la salude, aún parafraseando palabras ajenas, con la afirmación jubilosa: Luz, eres tú.

Y todo este milagroso derroche de luz y fantasía es posible gracias al sardinero, quien comienza a hacer proyectos, , a darle vueltas al fantástico magín en el mismo instante en que la gran sardina arde, víctima del fuego liberador ¿Por qué este anticipado vivir en futuro? ¿Por qué vive el sardinero el hoy en función del pasado...? Sencillamente: porque es su real gana que al año próximo, si Dios lo quiere y .las fuerzas lo permiten, la fiesta sea más sonada, y más y más abundantes los juguetes, y más y más exuberante el sarpuellido multicolor de las bengalas, y más y más atractivos los disfraces, y más y más ruidosa, lumínica, alborotadora y esplendorosa la corte de sardineros desfilantes en la noche ebria de fuego de la primavera murciana.

¿Qué oficio murciano más murciano que el de sardinero? Por supuesto que ninguno. Porque ser sardinero equivale a convertirse uno como por arte de birlibirloque en mago de la noche estrellada, en ángel a punto de transformarse de puro orgulloso y enamorado del fuego en diablo cojuelo de alas de "morciguillo". La noche del Entierro, ay, es larga y ancha. Y en ella, haciendo causa común, todo el pueblo se siente sardinero, y por sardinero, pirómano, y por pirómano, loco, y por loco, dispuesto a pegar fuego a un cielo que se hace voluntariamente negro para que la chicharra humeante de los chisperos sea más patente, más telúrica, más grotesca, más ruidosa, más insana, más loca.

- ¡Ojo al tío, jefa, que quemó...!
- ¡Oído al parche, nena, que te abraso!
- ¿Otro para quién...?

— ¡Amos ya, salero!

La organización del Entierro de la Sardina es lenta, meticulosa, añera; dura justamente el tiempo que media entre la quema de una y otra sardina. Ni más ni menos. Los grupos sardineros tienen todo un año para pensar, durante el cual rivalizan entre sí a fin de tener la mejor carroza, la más espléndida y luminosa, la que más endiabladas almas caritativas porte en sus huesos de cartón piedra y andamiaje de listones.

— ¡Oiga, maestro! ¿Puedo yo montarme en la carroza?

— Pa eso hay que tener mucho de aquí.

Y al decirlo, el sardinero se lleva la mano al bolsillo del corazón. Porque el de sardinero no es oficio pagado, sino que es oficio que cuesta sus buenas pesetas, hobby que todos los años se lleva un buen pellizco de duros del bolsillo propio, pues hay carrozas que alcanzan presupuestos rondantes con el millón de pesetas de las del Banco de España, no de mentirijillas; y como el Ayuntamiento sólo arrima el ascua de una pequeña subvención, pues eso; el resto hay que sacarlo como sea o, en su defecto, pagarlo cada integrante de su bolsillo... Pero como el murciano es avisado por nacimiento, ya tenemos al sardinero inventando una lotería navideña que le reporte un veinte por ciento de beneficio, el sorteo extraordinario de una cesta surtida, entre otras pequeñeces, con jamón de Jabugo y vino de Carrascalejo, o una rifa de entradas para los toros..., cualquier cosa, que más da, con tal que produzca ingresos para aliviar la tesorería del grupo, cuyos miembros habrán, de todos modos, de abonar lo que falte para cubrir gastos en la sana armonía del pago a escote.

— Este año, tate, damos el golpe con la carroza.

— ¿Es de Júpiter? ¿De Jano? ¿De Neptuno? ¿De Hércules...?

— ¡Ca, chalao, de Heba, diosa de la juventud, hija de Zeus y de Hera, encargada de escanciar el néctar de los dioses!

— Está bien, y como estamos en año de destape podíais, un decir, ponerle un par de tetas al aire.

— Sí, y que escanciara Jumilla por los pezones. ¡Amos ya, nene, que igual se nos chispa la concurrencia!

El carrocerero presenta un primer boceto que no es aprobado, otro segundo boceto que tampoco es aprobado, otro tercer boceto que comienza a gustar, un enésimo boceto que se ve con buenos ojos y que se aprueba a falta de otro mejor aunque con la clara advertencia de quedar sujeto a cualquier modificación que se ocurra a última hora. Modificación que a buen seguro se presentará, pues es el sardinero hombre que lleva tan dentro, tan en lo hondo, tan en la médula la ilusión que es capaz de todo, incluso de levantarse a media noche para llamar a un compañero de grupo e informarle que acaba de ocurrírsele una idea genial, que precisa comunicar de inmediato, sin demora. El compañero que, por lo general, resulta ser cachazudo, seguramente le replicará que se la vaya contando a su señor padre y que mientras tanto le deje a él dormir en paz. Pero luego de colgar y, a medida que al deslegañarse, repare en la grandeza de la idea que acaba de comunicarle Pepico, Luis o Manolo, le restallarán los ojos de emoción, le aletearán las cavidades de la nariz, le temblará el labio superior y le tamborileará algo en el pecho, en trance ya de marcar, incluso con los ojos cerrados, el número de cualquier otro compañero de peña a quien crea que no debe privársele de la noticia por

más tiempo. Y que corra la bola, que como reza en el cuadro de Sobejano mientras ruta no es chamba.

El estudio de los trajes es tan preciso, tan amplio, tan minucioso que hay grupos de sardineros que so pretexto de tener que discutirlos se comen sus buenos quince o veinte sacos de habas con la correspondiente guarnición de embutido rociada con seis o siete arrobas de buen vino en cualquier ventorrillo huertano. La presencia de un artista es imprescindible. Muroz Barberán, Ballester, Párraga, Conte, sobre todo Conte, han reemplazado en la labor a los viejos y llorados Perico Flores, Luis Garay, Joaquín...

- ¿Y si nos pusiéramos una corona de laurel? —propone el aspirante a laureado.
- Ya estás tú, oye, tirándole puntaícas a los periodistas a ver si lo dejan caer como si na en la Asociación de la Prensa y te coronan a perpetuidad con los laureles — responde el mindango de turno.
- No me vengas con presunciones maliciosas —aclara el otro.
- ¿Malicioso yo? ¡Así que no es la verdad de la misa! —corta el mindango.

Lo cierto es que la composición y diseño de los trajes provoca más de una acalorada discusión, la cual se lleva a cabo en la más estricta confidencia para que los bocazas —que nunca faltan— no se vayan de la lengua y transmitan lo que se está "cociendo" y permitan así a los grupos sardineros de otros barrios mojarles la oreja. Pero por mucho que se quieran ocultar los secretos, el ser extrovertido del murciano y el implacable espionaje sardinero serán causales de que los proyectos hayan de ser alterados una y otra vez para que respondan al espíritu altamente novedoso, original, que anima a los grupos sardineros de la ciudad, cuyos grupos es cosa sabida que se llevan tan armoniosamente como media docena de gatos disputándose un mondongo de conejo.

Cuando, al fin, llega el día señalado para la celebración del Entierro, el sardinero se levanta tarde, se desayuna bien y se frota las manos henchido de contento. El sardinero se come un buen cocido con "pelotas" por aquello de que "de lo que se come se cría", y va a necesitarlas; se bebe un par de huevos crudos para afinar la garganta y se cambia de muda ante la eventualidad de perder la túnica en cualquier revuelo de la masa humana enfebrecida, que, cuando se desmanda, resulta, con perdón sea mentado, como una manada de miuras derrotando a un pájaro loco.

A las seis comienza el sardinero a ponerse el atuendo correspondiente a su carroza y a tocarse las sienes con hojas de tilo o racimos de uva, con floretas o correhuela, con cerrajones o campanillas, que ya se sabe: en una noche de juerga lo que importa es hacer ruido y mover el solomillo para que se desfogue el cuerpo. Luego, en el lugar, señalado los sardineros reciben a su pléyade de hachoneros, bengaleros, gigantes y cabezudos... y les van ayudando a embutirse en la correspondiente vestimenta, que lo mismo de mal o de bien, valga la indulgencia, le sienta a un desarrapado habitual que a un serio y honesto ciudadano deseoso de vivir la fiesta desde dentro, desde el compromiso, no desde la pasividad meramente contemplativa de la fila o la tribuna. Los mozos se van acoplando a sus camisas listadas de azul y blanco, y blanco y rojo, y verde y oro, preparándose para el paseíllo nocturno; los chiquillos, a la cabeza de enano o al anillo con cabeza de cisne, pato o dragón. Y mientras se ajustan las cintas de las alpargatas, dan cumplida cuenta de la meriendacena con que les obsequian los mandamases del grupo sardinero organizador y recogen los quince o veinte pavos no

volanderos que, en billete o moneda, les pagan por su participación. ¡Lo que ya es suerte; gozarla en grande y además ser tan espléndidamente retribuidos! Aunque, luego a luego, suceda que el dinero se va en estropajo, arena y jabón, imprescindibles para quitarse el hollín de las manos, o en hilo para zurcir los pantalones que destrozan las pequeñas pavesas de las bengalas sin rumbo.

A la Puerta del Rincón de Pepe se arma la marimorena cuando sale el adusto y una miaja ironizante Raimundo (gastador de gafas ahumadas y prodigador de sonrisas de esas que son la cazurrería pura, la cazurrería vuelta de todas las aventuras chirigoterías del mundo) y lanza, previo aviso, varios puñados de bolsitas de almendras para que los zagales se maten al cogerlas a voleo; y luego, varios puñados más al punto contrario; y nuevamente, la operación a la inversa, conduciendo a la manada a su antojo con un simple movimiento de la mano prestidigitante que lo mismo se saca del bolsillo una rosquilla con ensalada rusa que unas judías de la tía Juliana. Por su parte, Párraga busca el hombre sus gafas de culo de vaso entre los pliegues de la chilaba que cambió a un moro de Agadir a cambio de una paloma con pecho de huertana, y si alguien se pone a tiro le vende dibujos a lo que se ajuste y si no, pide aquí y allá hachones con los que hacer pirograbados en las puertas de los derribos o en los marcos de los conventos donde, de vuelta del reparto, mean larga y plácidamente los lecheros de Puente Tocinos.

La carroza vibra, tose, tiembla con el peso de tanta caja de juguetes que le cargan; la carroza chirría de tanto que le meten botellas de whisky, botellas de coñac, neveras de cerveza y botas de vino; la carroza tiembla de impaciencia cuando los sardineros se aúpan a ella remangándose las largas túnicas, (ocasión que aprovechan para dispensar de vientos el duodeno); la carroza es un murmullo de voces que no cesan de vitorear a las bandas de música y de soltar finísimas procacidades a las bien conformadas mayorettes importadas de la descocada Francia; la carroza se empina como los birlochos de papel que vuelan en la Glorieta los zagales cuando sopla en verano ese vientecillo cálido y zumbón que corteja a la fosca; la carroza inicia la marcha con su estridencia de animal metálico a punto de descuajeringarse de puro encelado, sigue el curso que marca la primera comparsa, vibra en el centro, se cantea a uno y a otro lado, levanta oleadas de asombro en los impertérritos, inconscientes, alborozados públicos que tienen la humorada y el indudable valor rayano en heroicidad de sentarse en las primeras filas de sillas.

La mano del sardinero aprieta, emocionada, el primer puñado de juguetes, lo sacude en el aire, lo dirige a una masa de personas brumosa a causa de los humos, difuminada por el vértigo de la marcha adelante, a una masa que pide juguetes y que se lanza a cogerlos al menor movimiento del puño... ¡Pasen, señores, pasen! ¡Ha comenzado el Entierro de la Sardina! ¡El prodigio de la luz y del color, de la alegría y de la locura, de la razón y de la sinrazón! De pronto, el sardinero se siente soberano, dueño y señor de aquel pueblo al que mueve a su antojo con el simple e inocente movimiento de la mano llena de juguetes, de aquel pueblo al que hace imitar el movimiento de la ola. Por su parte, el público sólo ve ante sí un ciempiés multicolor que avanza bullanguero; el público sólo ve los regalos que salen de la carroza; juguetes para los niños, brujicas, rompecabezas, sardinas, pelotas, pitos, botellas de licor, de miniatura, transistores de radio, medias, bengalas, matasuegras, chicharras, panderetas, caramelos...

— ¡Echeme, maestro, una manotá que es par nene!

— ¡Chacho, lléname la cestica!

Las cestas de los que presencian el desfile desde sus casas bajan en un hilo de palomar hasta la carroza. El sardinero mira, escudriña a ver si conoce; pero no ve las caras, sólo ve unas sonrisas grandes en unos rostros sin ojos que miran con ilusión las manotadas de objetos que él coloca en la caja, y que sujeta, hasta que está ya alta, para que no la prendan en el aire los que alrededor de la carroza han roto todo posible orden, y la zarandean con sus manazas de animal hambriento, y se aúpan a ella queriendo invadirla, sin miedo a lastimar o lastimarse, movidos por una pasión incontenible.

— Déjame, chacho, que llene esta cesta y ahora te arrimo a ti.

El mozo no atiende, tiene agarrada la cesta y amenaza con quitársela al sardinero.

— ¿De verdad? —trata de negociar el mozo.

— ¡No te he dao mi palabra, coño!

Entonces la suelta el mozo y, de inmediato, alarga el bolsillo de la chaqueta para que se lo llene el sardinero. Este ha de hacer pactos con los que rodean la carroza, porque en caso contrario ya no podrá dar juguetes a sus amigos. Los mozos impedirían a la gente acercarse a la carroza.

— Me dé un pito, maestro, un pitico solo.

La gente hace accionar los pitos. Todos a la vez. Es un jolgorio impresionante. La noche bulle con el estruendo de los pitos sopladados por pulmones de acero, y con el chirriar de los cohetes y las bengalas. Un denso olor a fogata inunda el ambiente; de la mano de las comparsas salen llamaradas amarillas, verdes, rojas, violetas... Los cabezudos se lanzan en picado a recoger la calderilla que arroja el público. ¡Qué endiabulado designio hará que el público murciano del Entierro de la Sardina se convierta repentinamente en tan alocado donante y receptor de objetos!

En el Entierro de la Sardina lo que cuenta es dar más y mejores objetos que nadie. Las carrozas repostan de cuando en cuando géneros. Los sardineros empujan el codo para animarse, mezclan el güisquí con la cerveza y con el vino sin miedo a que el movimiento de la carroza les cause arcadas. Hay que seguir tirando juguetes, tirando sin parar, hasta avistar el Puente Viejo, dando y racionando y cuantas veces se precise repostando de nuevo. Hay que tirar con malicia pero sin hacer daño; con intención pero sin malauva; reservando la picardía o bordería para cuando la carroza se aproxime a la puerta del Banco de España, donde se halla instalada la tribuna de las Autoridades.

— Julián arrima la carroza pa ande los peces gordos. —¿No nos irán a multar?

— No, hombre, no; si es por deferencia a la autoridad. Péguese más a la diestra. ¡Amos, leche, que hay que guardarles ese respeto!

La deferencia es evidente: los sardineros saben que es el único día del año que se les permite bombardear a la autoridad con una verdadera lluvia de juguetería. La ley no dice nada en contra; la costumbre, tampoco. Así que lo mejor es echar mano de los

objetos y lanzar pelotazos a diestro y siniestro, sacar la lengua del pito a los ediles o arrojar con fuerza un "brazao" de sardinicas de barro.

- Alísteme, maestro, en línea de tiro al teniente de alcalde.
- A la una, a las dos y a las tres...
- Con perdón, señor alcalde.

Una lluvia de objetos invade la tribuna. Las autoridades aguantan con estoicismo, se cubren las municipales jetas con los brazos, sonriendo con aparente regocijo al sumiso concejal que fuera del pleno se hace contestatario y tira con grandísimo acierto.

Los sardineros ríen en lo alto de la carroza, pero la carroza da, de pronto, un tirón haciéndoles flotar como borrachos, o se para bruscamente estrellándose contra las vallas protectoras. La carroza acaba de trabarse en un anuncio de neón. Rechina. Tiembla. Tira con rudeza. Parece que el anuncio fuese a caer. Llegan los electricistas, alertados por el público. Se aproximan dos bomberos corriendo por medio de la carrera. Y cuando menos se espera, pumba, se produce un cortocircuito, arde un cable, prende una persiana, saltan chispas por la pared. La gente abandona sus sillas ¡qué horror! Los bomberos levantan con un palo el cable para que pase la carroza. El conductor da un tirón con el motor y otro, y otro. Los cables se separan con un crujido. Los sardineros se quitan el antebrazo de los ojos, vuelven a agarrar juguetes, dan bengalas y chisperos a la comparsa. La gente parece loca, enloquecida del todo, disparada por la ebriedad detonante de la noche.

- Un pito, oiga, un pitico na más.
- Una pelotica pa la cría, ande y no sea usted roña.

¿Roña el sardinero? ¡Pero si el sardinero no cesa de dar a unos y a otros! ¡Si el sardinero no para de llenar bolsillos y bolsas de plástico y cajas de madera! ¡Si el sardinero arroja objetos como si le quemaran las manos...! En efecto: el sardinero aupado en su carroza, se siente más dios que la representación alegórica de su grupo. El sardinero es un dios bondadoso que acude a la llamada del pueblo, estrecha sus manos, comparte su chaladura, su alegría, su jolgorio... El sardinero se siente, sí, por un momento, Dios, Papá Noël, Melchor, Gaspar, Baltasar... ¡Que pida el pueblo lo que quiera, que el sardinero se lo dará a brazadas...!

- ¡A la casa de Ruiz Funes, Manolo!
- ¡Enfila donde Palazón, Severino!
- ¿Adónde ahora? ¿Otro para quién...?

El sardinero teme que el corazón pueda estallarle de un momento a otro. No puede soportar tanta dicha, se siente incapaz de complacer a todos; hay un momento en que tiene que sentarse porque las piernas le flaquean y la cabeza le da vueltas y los ojos no ven más que los tirabuzones llameantes que arrojan las bengalas... El sardinero tiene ya agujetas en las manos, le duelen los riñones de tanto agacharse, está desvariando, le faltan manos y calma para juzgar lo que acontece a su alrededor, así que se llega hasta la botella del coñac y se mete en el cuerpo un buen lingotazo que le devuelve los arrestos precisos para acercarse al barandal a ver las caras distorsionadas por la risa y la alegría de las mujeres, de los hombres y de los niños. El sardinero grita, silba, toca un pito antes de arrojarlo, da vueltas a la chicharra antes de meterla en la caja que le tiran desde un

cuarto piso de la Avenida de José Antonio, habla no sabe con quién, prende fuego a una bengala, la arroja ardiendo a la mano que se le acerca, se sienta, se levanta, se agacha, salta, jadea, ríe, llora...

Llora de alegría sobre todo cuando la gran sardina se prende en las ascuas de la plaza de Martínez Tornel, momento culminante en que el milagro de la luz enciende en el alma de los murcianos una hornacina en recuerdo de las mil culturas que fueron forjando su natural en el sagrado amor al fuego. El pueblo murciano ha puesto en la pira su vellocino de oro, y las lenguas de fuego babosean la fachada del Hotel Victoria y los artificios pirotécnicos los azudes del Segura. La noche estrellada sangra con los cohetes. La pólvora provoca el enloquecimiento colectivo cuando las últimas pavesas de la sardina comienzan a dar más humo que fuego... La fiesta, señores, ha terminado.

Pero aún, todavía más, durante varias horas las calles de la ciudad serán un nido de cigarras encabritadas, los pitos subirán hasta las novenas plantas de los edificios, los zagales incordiarán a los dormijosos, los sardineros tomarán la última copa en el primer bar que encuentren abierto y se despedirán con un esperanzador saludo.

- ¡Oye! ¿Y qué pasaría si el año próximo hiciésemos una carroza a la diosa Atenea, la de los ojos de lechuza, o a la de los pies alados...?
- Sabes qué te digo, tú, que vuelas más que corres.
- Es que de pronto, oye, de pronto, sin saber por qué, te lo juro, me han salido alas, y no me resisto a tener que esperar todo un año.

Inesperadamente, sin saber cómo llegó hasta allí, el sardinero cae pesado como un fardo en la cama. Pero no duerme. Por su magín fantasioso corren nuevas carrozas, nuevas vestimentas, nuevas luces, nuevos hachones, nuevas ilusiones que él, si Dios le da salud y fuerzas, habrá de colmar para que los súbditos de su reino vivan felices, alocados y ebrios la noche del Entierro de la Sardina, el más grande espectáculo que han visto los siglos. Y también el más deliciosamente loco, el más murciano.